

Jornada de Hispanofonía en la Universidad de Silesia

(Sosnowiec, 15 de marzo de 2019)

Señor Rector, señor Decano, señoras y señores profesores, señor Director del Instituto Cervantes de Cracovia, señores alumnos, señoras y señores:

Se me ha pedido que les dirija unas palabras a modo de ponencia en una jornada que nos congrega bajo el sugerente y melódico título de “Hispanofonía”, el sonido del español.

Nos une a los presentes el amor por una lengua que compartimos, que nos es propia en nuestra subjetividad, que es patrimonio de todos y cada uno de sus hablantes; de una lengua que es una y muchas, tantas como las personas que la manejan a tiempo completo o parcial; una lengua que se escucha con naturalidad a orillas del río Hudson, del Río Grande, en la laguna del DF, en la bahía de Cochinos, en el Darién, en las selvas del Orinoco y del Arauca vibrador, en las faldas del Chimborazo, en las estribaciones del Aconcagua, en el silencio del salar de Uyuni, entre los quejidos de las cuadernas del Perito Moreno que mira con nostalgia a la Antártida perdida, en la pampa y en el altiplano.

Hablamos de una lengua americana y peninsular española, guineana y filipina que resuena con tantos acentos, con tantas entonaciones como sugieren la vastedad y la riqueza de una geografía que supera las lindes del terreno devenido hispanófono merced al brío de tantos para extenderse como lengua de comunicación y de cultura por todo el orbe.

Es hermoso el español con acento francés, inglés, gringo, neerlandés, alemán, italiano, luso, árabe o griego –que más que un acento es un ametrallamiento silábico cristalino-. Es muy hermoso hablado con el acento de cada una de las variaciones eslavas tan francas, rítmicas y categóricas que facilitan la comprensión en grado sumo. Dzekujemy.

El español es lengua de épica y de lírica, política, jurídica y teológica. Lo es desde el Cantar del Mío Cid “—o Dios, qué buen vasallo si oviese buen Señor—” hasta el verso claro contemporáneo de José Hierro, de Claudio Rodríguez, de José Angel Valente o de Angel González (“lo que ha ardido ya nada tiene que temer del tiempo”).

La lengua —toda lengua— bulle y se arrebuja, susurra, se encrespa y levanta la voz altanera, se quiebra en ocasiones, canta alabanzas e implora misericordia. Carlos V Emperador decía que hablaba en español con Dios. En su retiro de Yuste a buen seguro rezó con otras palabras en los términos de este soneto alto, profundo e imperecedero:

“No me mueve mi Dios para quererte
El Cielo que me tienes prometido
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
Clavado en una Cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu Cuerpo tan ferido,
Muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu Amor y en tal manera
Que aunque no hubiera Cielo yo te amara
Y aunque no hubiera infierno te temiera.
No tienes que me dar porque te quiera,
Pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.”

El español se abrió camino balbuciente hacia su fulgor en las glosas que los monjes del norte peninsular estamparon en códices latinos en los

monasterios de Silos y de San Millán de la Cogolla. “Ora et labora”, decía y aún reza la regla de San Benito, uno de los padres de Europa.

El castellano nació con marcado acento vasco, una fonética abierta, clara, pentavocálica (a, e, i, o, u) y unos sonidos rotundos, simples, llanos, mesetarios.

El español suena aún hoy claro y rotundo en la Vasconia recoleta, la abuela de España, madre que fue de Castilla, quien es a su vez madre de España, como la bautizó el historiador hidalgo Claudio Sánchez de Albornoz.

Don Miguel de Unamuno y Jugo, nacido en la calle Ronda de Bilbao, lo vivió y lo proclamó:

“Ávila, Málaga, Cáceres,
Játiva, Mérida, Córdoba,
Ciudad Rodrigo, Sepúlveda,
Úbeda, Arévalo, Frómista,
Zumárraga, Salamanca,
Turégano, Zaragoza,
Lérida, Zamarramala,
Arrancudiaga, Zamora.
¡Sois nombres de cuerpo entero,
libres, propios, los de nómina,
el tuétano intraducible
de nuestra lengua española!”

Unamuno, hombre austero, sobrio y casto, un vasco por tres de los cuatro costados, quedó deslumbrado por el paisaje castellano, en el que los noventayochistas vieron, según Umbral, “como una moral de la naturaleza, como una naturaleza ética de la que debemos aprender”.

Castilla la Vieja, taciturna y larga, aproxima el espíritu encarnado al Reino que no tendrá fin. Soria no sume al andaluz Machado en una tristeza desolada, sino que lo eleva hacia una conexión telúrica y cósmica:

“¡Soria fría, Soria pura,
cabeza de Extremadura,
con su castillo guerrero
arruinado sobre el Duero;
con sus murallas roídas
y sus casas denegridas!
¡Muerta ciudad de señores
soldados y cazadores;
de portales con escudos
de cien linajes hidalgos,
y de famélicos galgos,
de galgos flacos y agudos
que pululan,
por las sórdidas callejas,
y a la medianoche ululan
cuando graznan las cornejas!
¡Soria fría! La campana
de la Audiencia da la una.
Soria, ciudad castellana
¡tan bella! bajo la luna.”

Poesía y patriotismo, ascesis y mística concentran sus altas cimas en el siglo de oro español en un área geográfica reducida: Cervantes y Lope fueron vecinos de calle en Madrid; Quevedo, Góngora, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Calderón y Tirso recorrieron los mismos paseos y contemplaron las mismas puestas de sol. Oigámosles algunas de sus razones y suspiros como cuando Don Quijote visionario canta a la Edad paradisiaca de la inocencia perdida:

“Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad

de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto.”

La nostalgia de la Edad Dorada es la nostalgia de la otra vida, de la vida en el Edén, de la vida en plenitud. Calderón de la Barca contempla la existencia como un tránsito fugaz por aqueste valle de lágrimas que es puro embeleco, mero engaño.

Le hace decir a Segismundo encadenado en la mazmorra de su Polonia natal en “La vida es sueño”:

“Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe
y en cenizas le convierte
la muerte, ¡desdicha fuerte!
¡Que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!

Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,

todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.”

En Quevedo la pérdida no es tanto la de una edad lejana o la de un anhelo de plenitud que ponga fin al exilio de la existencia, cuanto la de una Patria levantada con esfuerzo milagroso que por mor de la incuria y la torpeza amenaza ruina:

“Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes ya desmoronados
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía.”

Pero Quevedo no se resigna a entonar lamentos plañideros, mas alza su voz y se rebela como muestra la epístola satírica y censoria que le dirige al Conde-Duque de Olivares:

“No he de callar, por más que con el dedo,
Ya tocando la boca, ya la frente,
Me representes o silencio o miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?”

Teresa de Cepeda, Santa Teresa de Ávila, no anduvo nunca de nadie a la zaga en intrepidez, arrojo, descuido de lo propio y atención al prójimo y a las cosas de Dios, entre caminos y pucheros, en caravanas que han dejado su huella indeleble en la vieja Castilla y en Castilla la Nueva en una vida itinerante transida por la ansiedad del encuentro irrefutable y perenne de la criatura con el Criador y el Redentor.

“Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.”

“¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.”

El alma recluida en el castillo interior anhela a Dios y el anhelo es tan genuino y tan potente que llega a vislumbrarlo nítido.

San Juan de la Cruz, el místico que acompañó de por vida a Juan Pablo II, lo expresa de manera insuperable y deslumbrante para quien ha sentido la llamada del amor. El alma, la esposa, clama en busca del Amado, el Redentor:

“¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti, clamando, y eras ido.”

“Pastores, los que fuerdes
allá, por las majadas, al otero,
si por ventura vierdes
aquél que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.”

Ese amor místico, trasunto del amor mundano, trasciende. El amor, sentimiento arrebatado y embriagador, queda plasmado en un soneto agitado de quien tanto y a tantas amó, Félix Lope de Vega y Carpio, el Fénix de los Ingenios:

“Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;
no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;
huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor süave,
olvidar el provecho, amar el daño;
creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor, quien lo probó lo sabe.”

El amor mundano es lucha circense que hiere, incluso mata, enajena y obnubila. Y quien así ama, cual torrente desbocado, no temple sus nervios, desprecia el norte y desoye a la razón, y en él todo es porfía. Clama así el Don Juan Tenorio de Zorrilla:

“Llamé al cielo y no me oyó.
Y pues que sus puertas me cierra,
de mis pasos en la Tierra

responda el cielo, no yo.”

El hombre del siglo de oro español, consciente de la fugacidad del tiempo, ávido de trascendencia y sediento de Dios, se prodiga en “divinas palabras”. Pero no todo es gravidez etérea en nuestras letras de entonces:

“Ande yo caliente

Y ríase la gente

Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranja y aguardiente,
y ríase la gente”.

Creo, estimados oyentes, que hasta aquí y con la salvedad de esta breve humorada de Luis de Góngora y Argote, lo dicho suena a música polifónica de Tomás Luis de Victoria o a música de órgano de Antonio de Cabezón: música castellana, española y universal, densa, eufónica y trascendente.

Claro está que nuestra lengua ha hermoñado por toda la geografía española, en Galicia con Rosalía de Castro o Álvaro Cunqueiro, en Asturias con Clarín, en Santander con Concha Espina; Baroja en las Vascongadas, García Serrano en Navarra, Sénker en Aragón, Pla, Gil de Viedma o Gimferrer en Cataluña, Blasco Ibáñez, Azorín y Gabriel Miró en tierras valencianas, Galdós nació en Las Palmas de Gran Canaria. Pero déjese decir que el español ha florecido de una manera deslumbrante en la Bética andaluza, peinado y acicalado por poetas y prosistas monumentales. Qué hermoso es el español que brota entre los olivares de la Sierra Morena, el que cabalga por las serranías de Málaga y de Huelva, como aquel jinete al que canta Lorca, un jinete que es el propio Lorca:

“Córdoba.

Lejana y sola.

Jaca negra, luna grande,

y aceitunas en mi alforja.
Aunque sepa los caminos
yo nunca llegaré a Córdoba.
Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja.
La muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.
¡Ay qué camino tan largo!
¡Ay mi jaca valerosa!
¡Ay que la muerte me espera,
antes de llegar a Córdoba!
Córdoba.
Lejana y sola.”

La prosa se difumina y se hace lírica, transparencia velazqueña, puro aire, en Juan Ramón - “La transparencia, Dios, la transparencia”. JRJ es capaz de elevar el ternurismo del amor por un pollino a un amor perdurable que le asaeta el corazón como a un San Sebastián:

“Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.”

Y cuando se cumple el tránsito y llega “el día del último viaje” en que “está al partir la nave que nunca ha de tornar”, el poeta entona la oración que es letanía y sollozo de la nostalgia esperanzada:

“Platero, tú nos ves, ¿verdad? ¿Verdad que ves cómo se ríe en paz, clara y fría, el agua de la noria del huerto; cuál vuelan, en la luz última, las afanosas abejas en torno del romero verde y malva, rosa y oro por el sol que aún enciende la colina?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves pasar por la cuesta roja de la Fuente vieja los borriquillos de las lavanderas, cansados, cojos, tristes en la inmensa pureza que una tierra y cielo en un solo cristal de esplendor?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves a los niños corriendo arrebatados entre las jaras, que tienen posadas en sus ramas sus propias flores, liviano enjambre de vagas mariposas blancas, goteadas de carmín?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

Platero, ¿verdad que tú nos ves? Sí, tú me ves. Y yo creo oír, sí, sí, yo oigo en el poniente despejado, endulzando todo el valle de las viñas, tu tierno rebuzno lastimero...”

Dicen que el español se recuesta en Andalucía y que siguiendo la estela de las carabelas de Colón y haciendo escala en las Islas Canarias llega dispuesto a engendrar en las fértiles tierras americanas.

Y ¡vive Dios, si engendró! Desde los cronistas como Bernal Díaz del Castillo y el Inca Garcilaso, hasta Sor Juana Inés de la Cruz pasando por Alonso de Ercilla, la lengua traída de la península ibérica germina y reverdece desde el septentrión hasta el austro americano.

La luminosidad sonora que aportan las Américas llega a ser cegadora en el siglo XX.

Rubén Darío, Rubén, “indio con entorchados, impar como una ruina, precolombino y único, poeta solo de la noche occidental como un Baudelaire más nuevo, más triste y más bueno” (Umbral), Rubén refunde el español, lo musicaliza hasta cumbres nunca antes holladas:

“Que púberes canéforas te ofrenden el acanto”. Umbral glosa este verso de esta guisa: “Qué ramo de palabras recién golpeadas contra el agua, como rosas grandes o mujeres desnudas”.

Más Rubén: “Peregrinó mi corazón y trajo de la sagrada selva la armonía” y así hasta el infinito.

El soplo rubeniano abrió horizontes poéticos insospechados. Siguieron su senda por otros derroteros Vallejo, Neruda y Octavio Paz, entre tantos. Pero las letras americanas rompieron también el siglo pasado los moldes de la narrativa con compases, síncopas y silencios antes desconocidos.

“Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría; pues ella estaba por morir y yo en plan de prometerlo todo. «No dejes de ir a visitarlo -me recomendó-. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerte.» Entonces no pude hacer otra cosa sino decirle que así lo haría, y de tanto decírselo se lo seguí diciendo aun después de que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas.”

Así arranca el Pedro Páramo de Juan Rulfo que abrasa de calor sofocante y rezuma una soledad heladora. La palabra interior choca con la oquedad circundante que es desierto, violencia fría y muerte fundidas en un espacio intemporal, casi inerte.

Otros mundos cósmicos lo pueblan todo en novelas caudalosas donde al lector apenas le es dado coger aire:

“Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”. (100 años de soledad).

O le envuelven al lector estampas minimalistas, viñetas como el mosaico cubano “Vista del amanecer en el trópico” que compuso con trazo delicado Guillermo Cabrera Infante: “Esta triste, infeliz y larga isla estará ahí después del último indio y después del último español y después del último africano y después del último americano y después del último de los cubanos, sobreviviendo a todos los naufragios y eternamente bañada por la corriente del golfo: bella y verde, imperecedera, eterna”.

La madre tierra se impone al habitante, siempre emigrante, siempre transeúnte por más que nos reclamemos unos y otros “de aquí de toda la vida”. La tierra nos antecede y nos da cobijo.

Aun siendo la vida tan corta, algunas generaciones se las componen para rejonear la parcela que les toca habitar hasta herirla de gravedad y desfigurarla.

“¿En qué momento se había jodido el Perú?” se pregunta Santiago Zavala en el arranque de la “Conversación en la catedral”.

Los mundos heterogéneos de estos magos del lenguaje son catedrales dispares y acabadas, pueden ser inopinados o entrevistados, pero todos ellos son hijos de una palabra que campea con una fuerza inédita, incontenible, torrencial.

“La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita”.

El aleph borgiano condensa el espacio en un punto anterior a la eclosión del universo, la concentración de materia que espera el aliento del verbo creador. “Al principio era la Palabra, y la Palabra era Dios y la Palabra estaba con Dios” (Jn. 1, 1-2).

Una palabra que en Borges también sabe descender desde la erudición que atesoran los anaqueles de las bibliotecas del Medioevo, las renacentistas y las barrocas al quilombo porteño, a la esquina rosada:

“A mí, tan luego hablarme del finado Francisco Real. Yo lo conocí, y eso que éstos no eran sus barrios porque él sabía tallar más bien por el Norte, por esos laos de la laguna de Guadalupe y la Batería. Arriba de tres veces no lo traté. Y ésas en una misma noche, pero es noche que no se me olvidará, como que en ella vino la Lujanera porque sí a dormir en mi rancho y Rosendo Juárez dejó, para no volver, el Arroyo.”

Aquí la palabra culebrea y fluye elocuente en boca de un mozo de mente aguda, sangre de horchata y hablar pausado. De hechuras similares a las del narrador de la Cuesta de las Comadres del Llano en llamas, el que mató a Remigio Odilón. El que sentenció: “De eso sí me acuerdo”.

La palabra se encoge, se estira, se retuerce, se desliza, se yergue, se embute, acaricia, fustiga, mata y muere. Las mismas obras mutan en nivolas (Unamuno) o contranovelas como la Rayuela de Cortázar que admite tantas o aún más lecturas que lectores encuentre.

Con el transcurso del tiempo nuestro español arrecia sinfónico, se arremolina y desparrama con un torbellino de voces contrapuntísticas y superpuestas. Su paleta de acentos cromáticos es inmensa, pero no deja de llamar la atención el fuerte arraigo en nuestras letras del sentimiento trágico de la vida, de la omnipresencia del gran tema de la brevedad de la existencia y de la muerte.

Elena Poniatowska, niña francesa de apellido polaco, cuenta que aprendió el español a su llegada a México “en la calle, con los gritos de los pregoneros y con unas rondas que siempre se referían a la parca: “Naranja dulce/ limón celeste/ dile a María que no se acueste/. María, María ya se acostó/ vino la muerte y se la llevó.”

No es así de extrañar que entre las cumbres de las letras españolas figuren por derecho las coplas que Jorge Manrique dedicó a su padre Don Rodrigo a la muerte de éste. Algunos de sus versos resuenan en el interior de más de un hispanoparlante, nativo o no, en una suerte de memento mori esculpido en “estrofas de agua”: “recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte contemplando cómo se pasa la vida, cómo se llega la muerte tan callando...”

Esa muerte que empitonó al diestro Ignacio Sánchez Mejías “a las cinco de la tarde” y a Antoñito el Camborio, “moreno de verde luna, voz de clavel varonil” cerca del Guadalquivir.

Muchas gracias por prestarme sus oídos y por su amable invitación a esta jornada silesiana.